

TRICK. (Bajo á los otros bufones.) (Sin ninguna duda él es el autor.) A pesar de haberlos yo rimado, comprendo que Apolo tomaría por un crimen cada uno de esos versos. Tan malos me parecen!

ROCH. (Indignado.) ¡Burlaos á vuestra vez, monos del leopardo, loros del buitre!

CROM. Doctor, no es de vuestra incumbencia juzgar ese madrigal, galantemente soporífero.

ROCHESTER se lo mete en el bolsillo.

ROCH. (Francisca le encontrará mejor.)

TRICK. Es bastante bueno para haberlo escrito yo.

ROCH. Tú!

Entra el CONDE DE CARLISLE.

TRICK. (¡Vaya al diablo lord Carlisle, que viene á estorbarnos!)

ROCH. (Gracias á Dios!)

CROMWELL se lleva precipitadamente á LORD CARLISLE á un rincón del teatro y le pregunta:

CROM. Y lord Ormond?

CARL. No vive ya en aquella casa.

CROM. Y Rochester?

CARL. Se esconde y no le hemos podido encontrar.

CROM. Y Ricardo?

CARL. Lo niega todo. El tormento podrá arrancarle la confesion.

CROM. Me respondeis con la cabeza de que no se le toque ni un solo cabello; me causan horror los suplicios; no quiero torturar á mi hijo... el tormento para sus cómplices. Y Lambert?

CARL. Se ha fortificado en su casa de campo con mucha gente.

CROM. Todos se me escapan; pero... (no se me escapará la corona).

CARL. Alrededor de Westminster se apiña la multitud, y el pueblo y los soldados no quieren que os nombre rey el Parlamento.

CROM. Pesad lo que decís, milord!

CARL. Dispéñeme vuestra alteza si le digo la verdad.

CROM. (Todo vá mal.) Os he dicho que me divertais. (Bajo á CARLISLE.) Milord, doblad la guardia alrededor de palacio.

Se vá CARLISLE.

(Me ahogo de cólera!)

Sale THURLOE.

THUR. Milord, la secta de los *ranter*s, que el Espíritu Santo ilumina, quieren consultaros sobre un punto de fé, y están ahí.

CROM. Que entren.

THURLOE váse.

(Si yo fuera rey los arrojaría de aquí,

pero un jefe popular tiene que mirar á la muchedumbre.)

THURLOE entra acompañando á los *ranter*s, que vienen vestidos de negro con medias azules, con grandes zapatos grises y grandes sombreros del mismo color, que rematan en una cruz pequeña y blanca, y que ellos conservan en la cabeza.

EL JEFE DE LA DIPUTACION. Oliverio, capitán y juez de Sión, los santos, después de reunirse en Lóndres en congregación, conociendo que tu ciencia es un vaso que se derrama, te preguntan por mediación nuestra si se deben quemar ó colgar los que no hablan como San Juan hablaba, y dicen *Siboleth* en vez de *Schiboleth*.

CROM. (Meditando.) La cuestión es grave y debe madurarse. Pronunciar *Siboleth* es una idolatría, es un crimen que merece la muerte, pero todo castigo debe tener el doble objeto de castigar el cuerpo y de salvar el alma. Luego hay que decidir qué es más á propósito, si la cuerda ó el fuego, para reconciliar al pecador con Dios. El fuego purifica...

ROCH. (Y la cuerda ahoga.)

CROM. Daniel se purificó en el brillante triángulo, pero el cadalso tiene una ventaja, y es la de que la cruz sirvió de horca. La cuestión es difícil, y me parece este punto uno de los más sutiles y delicados. Decidid por nosotros, doctor. (A ROCHESTER.)

ROCH. (Obra como Pilatos.)

CROM. Es otro Cromwell. (Señalándose á los *ranter*s.)

ROCH. Vuestra alteza me honra demasiado.

EL JEFE. ¿Os decidís por la cuerda ó por el fuego?

ROCH. (Con autoridad.) Por la horca.

EL JEFE. Por qué por la horca?

ROCH. Por qué?... porque se sube á ella por medio de una escala... y Dios hizo ver en sueños á su fiel pastor que al cielo se sube también por medio de una escala. (Apenas puedo contener la risa que me causan estos mentecatos.)

CROM. Es verdaderamente docto!

EL JEFE. Pues bien; los ahorcaremos.

Vánse los *ranter*s.

CROM. Estoy satisfecho de vos.

ROCH. Milord me honra demasiado.

GIR. (A los otros bufones.) Compañeros, ninguno de nosotros lo hubiera hecho mejor.

Entra THURLOE.

THUR. (A CROMWELL.) El Consejo privado...

CROM. Bien.

THUR. Desea...

CROM. Ya lo sé; que entre.

TRICK. (A sus compañeros.) Bufones, cedamos el sitio á los magos.

A un gesto de CROMWELL se van los bufones, LORD ROCHESTER y HANNIBAL SESTHEAD, y los dos criados se llevan la mesa. THURLOE introduce al Consejo privado, que avanza en dos filas, y cada uno de sus miembros se coloca de pié delante de un taburete, mientras que CROMWELL sube á su gran sillón, y MILTON, conducido por el paje, se aproxima á la silla de tijera. WHITELOCKE, STOUPE y LORD CARLISLE ocupan sus sitios respectivos cerca del Protector y sobre los escalones del estrado.

ESCENA III.

CROMWELL, el conde de WARWICK, el teniente general FLETWOOD, yerno de Cromwell; el conde de CARLISLE, LORD BROGHILL, el mayor general DESBOROUGH, cuñado de Cromwell; WHITELOCKE, SIR CHARLES, WOLSELEY, M. WILLIAM LENTHALL, PIERPOINT, THURLOE, STOUPE y MILTON. Cada uno de estos personajes lleva el traje particular de su comisión. CROMWELL se sienta y se cubre; los demás se sientan, pero permanecen descubiertos.

CROM. Señores consejeros de mi gobierno, antes de abrir la sesión recemos un instante. (Se arrodilla; los consejeros le imitan. Después de algunos instantes de meditación, el Protector se levanta y se sienta; todos siguen su ejemplo.) Señores, carezco de méritos para gobernar; pero el Señor, al que irrita mi resistencia, inspira al Parlamento la idea de aumentar mis deberes, oprimiéndome más con un poder mayor. Por eso he querido reuniros para conferenciar. ¿Urge desde luego elegir rey? Si urge, debo ser yo el elegido? Decidme vuestra opinión sobre estos dos puntos. Yo hablo francamente, y vosotros debéis con igual franqueza exponer vuestro criterio, por turno, según el rango que ocupáis. El conde de Warwick es el que ocupa el rango más eminente entre vosotros, y debe empezar. Señor Milton, escuchad.

EL CONDE DE WARWICK. (Levantándose.) Milord, no hay nadie que iguale á vuestra fé, á vuestro talento, á vuestro firme carácter, y para aumentar aun vuestro estado personal, descendéis por la línea materna de los Warwicks. Vuestro noble escudo soporta el mismo yelmo, y como es preciso elegir un rey que nos gobierne, nadie puede contar con vuestros méritos y condiciones. Un Rich puede reinar tan bien como un Stuardo.

Se sienta.

CROM. Hablad, Fletwood.

FLET. Milord, voto por la República, ya que nos impulsais á que hablemos con franqueza. La República levantó el cadalso de Stuardo, y por ella nos hemos batido; ella debe ser nuestra bandera. Dejemos á Dios que lleve úni-

camente corona. No quiero que haya Oliverio I ni Carlos II; no quiero ningún rey.

CROM. Sois un niño! Hablad, Carlisle.

CARL. Milord, vuestra frente triunfante está pidiendo la corona.

Se sienta.

CROM. A vos os toca, Broghill.

BRO. Milord, me atrevo á pedir que sea secreto lo que yo propongo. (O he de ser consejero de Cromwell ó confidente de Carlos; he de ser traidor si callo y traidor si hablo.)

CROM. Por qué motivo?

BRO. Por razon de Estado.

CROMWELL le hace señal de que se aproxime. STOUPE, THURLOE, WHITELOCKE y CARLISLE se alejan del Protector.

BRO. (Bajo á CROMWELL.) ¿No sería posible estipular un tratado con Carlos proponiéndole concederle la mano de vuestra hija?

CROM. (Asombrado.) Qué hija?

BRO. Lady Francisca.

CROM. Y su familia real?

BRO. Os vais á consagrar rey y de esta manera los dos sereis reyes.

CROM. Y el 30 de Enero?

BRO. En cambio le dais un padre.

CROM. Se lo puedo dar, pero no devolvérselo.

BRO. El olvidará...

CROM. Mi crimen? No puede comprenderlo. No sabe el fin que me propuse, y es demasiado disoluto para perdonarme. Esa es una idea loca, Broghill. (Se vuelve á su sitio.) Hablad, Desborough.

DESBOROUGH. Milord, estais acariciando un designio temerario, porque no queremos sufrir la afrenta de tener otra monarquía. Abajo todos los reyes!

CROM. Estais luchando contra una mera palabra, contra un nombre. Si el pueblo desea tener rey, ¿por qué no concedérselo? Ese nombre que proscribiste vuestro orgullo fantástico, ¿qué es para un soldado? Un penacho añadido á su casco. Hablad, Whitelocke.

WHIT. Milord, suceda lo que suceda, no deben existir pueblos sin leyes ni sin monarca. Al rey se le llamó en todos tiempos *Legislator*. *Lator*, significa portador; *legis*, de la ley; de lo que yo deduzco que un príncipe es para la ley lo que Adán es para Eva; luego, si el rey es de los reyes padre y jefe, no debe haber pueblos sin rey. Milord, resignaos á reinar.—*Dixi*.

CROM. Hablad, Wolseley.

WOLSELEY. Milord, francamente me atrevo á desengañar á vuestra alteza,

El jefe de un pueblo libre es, según dice el profeta, *Tanquam in medio positus*. Ese jefe, en cualquier silla que se sienta, es *majior singulis, minor universis*; luego el título de rey rompe nuestro privilegio; *rex violat legem*. (Se sienta.)

CROM. Hablad, Pierpoint.

PIERPOINT. El pueblo de Inglaterra, cuyo Parlamento superior se llama imperial, posee el derecho inmemorial, glorioso y santo, de tener por jefe á un rey; su dignidad así lo exige. Vuestra alteza debe aceptar este título que le apesadumbra.

CROM. Hablad, Lenthall.

LENT. Milord, el Parlamento preside á la nación y en él radica la suprema autoridad. Manda, pues, á los grandes y á los pequeños. Si el Parlamento os proclama rey, debéis, según el Derecho romano y según el Decálogo, obedecer y reinar.

THUR. (Bajo á CROMWELL.) El Parlamento sigue esperando á vuestra alteza...

CROM. Silencio!

THUR. Pero...

CROM. Antes de aceptar quiero meditarlo bien.

FLET. (Levantándose.) Milord, me atrevo á suplicaros que por vuestro honor renunciéis...

CROM. (Despidiéndoles á todos con la mano.) Id todos á rogar al Señor que me inspire una resolución acertada.

Los miembros del Parlamento salen con lentitud y procesionalmente. MILTON, que vá el último, se detiene en el dintel de la puerta, los deja salir, y encamina á su guía hácia CROMWELL, que ha descendido del sillón y está en el proscenio.

ESCENA IV.

CROMWELL y MILTON.

MIL. Mirame, Cromwell. Veo que tus ojos se inflaman y que vas á decirme por qué me atrevo á hablarte sin obtener tu vñia. Pero mi sitio es extraño en tu Consejo de sábios; si alguno me buscara entre ellos, diría: "Ese mudo es Milton." Ese es el papel que aquí desempeño. De este modo, yo, que haré aprender al mundo mis versos, en el Consejo de Cromwell soy el único que no tengo voz. Pero ser ciego y mudo es para mí demasiado. Te vá á perder el sueño de la fatal diadema, hermano, y me quedo á pleitear por tí contra tí mismo. Quieres ser rey, Cromwell, y te dices: "Solo por mí ha vencido el pueblo; yo he sido el que le ha llevado á los combates, por mí dirige súplicas, por mí vierte

su sangre, por mí encuentra alivio á sus males: debo reinar, así será dichoso, porque después de tanto sufrir, ha cambiado de rey y ha renovado sus cadenas." Este pensamiento me hace ruborizar. Desde hace quince años, revuelto el pueblo, goza en provecho tuyo de la libertad; sus grandes intereses solo han sido para tí un negocio y la muerte del rey una herencia. Aunque te digo esto, no creas que trato de rebajarte, no; nadie puede eclipsarte: poderoso por el pensamiento y poderoso por la espada, fuiste tan grande, que en tí yo creí encontrar el ideal del héroe que soñé, y en todo Israel nadie te ha querido tanto y nadie te ha colocado á tanta altura. ¡Y por un vano título, por una palabra tan vacía como sonora, el apóstol, el héroe, el santo quiere deshonorarse! En tus designios profundos, qué es lo que pretendes? ¡La púrpura, andrajo vil; el cetro, pueril juguete! Te ha arrojado la tempestad á la cumbre del Estado, y como tu suerte te embriaga, quieres adornar la cabeza con el resplandor de la aureola de los reyes, que para tu pueblo se ha desvanecido. Oh viejo! ¿qué has hecho de tus virtudes juveniles? Te dices á tí mismo: "Es muy agradable, después de haber combatido, dormirse en el trono rodeado de homenajes, ser rey, mandar en Westminster, rezar en Temple-Bar, atravesar seguido de un cortejo por entre la multitud servil y llevar florones alrededor de la cimera." ¿Pero todo son glorias, Cromwell? Acuérdate de Carlos I y no te atrevas á recoger en su sangre la corona ni á edificarla con su cadalso un trono. Te atreves á ser rey? ¿No piensas, no temes que llegue un día en que, enlutado con el crespon, este mismo White-Hall, donde brilla tu grandeza, abra otra vez su ventana fatal? Te sonríes? Mucha fé tienes en tu estrella. Acuérdate de Carlos Stuardo. Cuando iba á morir, cuando el hacha estaba preparada, un verdugo encubierto hizo caer su cabeza; y á pesar de ser rey, delante de su pueblo murió sin que nadie le socorriera, sin saber siquiera quién puso fin á sus días. Por su camino tú marchas á tu perdición, y un velo igual oscurece tu fortuna: teme que ella no se parezca al espectro enmascarado que sobre el cadalso aparece cuando suena su hora. Este es el desenlace terrible de los sueños del orgullo, Cromwell. Solo por un lado el trono es abordable y se sube por él; por el otro se desciende á la tumba. Permanece siendo Cromwell.

CROM. Me habla de un modo singular mi intérprete secretario; sois demasiado poeta para pertenecer al Consejo de Estado. En el ardor de ese transporte lírico olvidásteis que soy *alteza y milord*; aunque mi humildad sufre en adornarse con ese título frívolo, el pueblo por quien reino y por quien me inmolo se empeña en que lo use, y ya que yo me resigno á usarlo, resignaos vos también.

MILTON se levanta y se vá.

Tiene razón en el fondo, pero me ha importunado recordándome á Carlos I... comparándome con él... Pero se equivoca... los reyes como Oliverio no mueren de ese modo; se les dá de puñaladas, pero no se les juzga. Sin embargo, Milton me ha dejado inquieto.

ESCENA V.

CROMWELL y LADY FRANCISCA.

CROM. (Al ver entrar á su hija.) Ven, hija mía! Ángel con figura humana, siempre acudes á mi lado cuando el instinto te dice que yo sufro, y me quedo tranquilo cada vez que te veo. Tus ojos vivos y brillantes, tu voz pura y tierna tienen para mí tal encanto, que me hacen rejuvenecer. Abrazame. Te quiero más que á tus hermanas.

FRAN. (Abrazando á su padre.) ¿Conque es verdad, padre mio, que pensais en la restauración del trono?

CROM. En eso pienso.

FRAN. Ese día feliz Inglaterra os deberá la felicidad.

CROM. Su felicidad es lo único que me desvela.

FRAN. ¿Qué contenta estará vuestra querida hermana cuando vea sentarse en el trono, después de un paréntesis de ocho años, á Carlos Stuardo!

CROM. (Asombrado.) A Carlos!

FRAN. Qué bueno sois!

CROM. Ningun Stuardo se sentará en él.

FRAN. (Sorprendida.) Pues quién? ¿Un Borbon? Pero no, los Borbones no tienen derecho al trono de Inglaterra.

CROM. No lo tienen.

FRAN. ¿Pues quién ha de empuñar el cetro hereditario?

CROM. Los tiempos nuevos necesitan razas nuevas. ¿No te ha ocurrido que puede ocupar ese sitio...?

FRAN. Quién?

CROM. Por ejemplo... tu padre.

TOMO III.

FRAN. ¡Castígueme el cielo si tal cosa me ha ocurrido! Nunca pensé en injuriaros creyendoos usurpador y perjurador.

CROM. Hija mía... me juzgas con demasiada severidad.

FRAN. Estais revestido de un poder pasajero por la desgracia de los tiempos; pero apoderaros de la corona, hacer causa común con sus verdugos y reinar porque él es cadáver, eso es indigno.

CROM. ¿Sabes tú quién causó su muerte?

FRAN. No lo sé; educada en la soledad desde mis años más tiernos, sufrí los males de la patria, pero no los he estudiado.

CROM. ¿No te han leído jamás el proceso del rey, la lista de los representantes, la de los jueces...?

FRAN. La de los regicidas?

CROM. Sí, Francisca, la de los regicidas.

FRAN. Nadie me dijo quiénes eran aquellos pérfidos, y yo maldecía su crimen, pero ignoraba sus nombres. No se habla de ellos en el sitio donde yo me he educado.

CROM. ¿Mi hermana no te ha hablado nunca de mí?

FRAN. Padre mio, al contrario, me enseñó á que os quisiera.

CROM. Lo creo... pero ¿días á los que condenaron al rey Carlos?

FRAN. Con todo mi corazón.

CROM. A todos?

FRAN. A todos.

CROM. (Ah! ¡Mi hijo me hace traición y mi hija me maldice!)

FRAN. Todos son de la raza de Cain.

CROM. (Debo permanecer en mi idea? Debo apoderarme de la corona? El mudo enmudecería á los pies del trono en el que yo me sentase; pero ¿qué dirá Francisca? Su angelical corazón sabría con sobresalto que fui regicida y que me atrevo á ser rey. La enviaré al rincón oscuro donde se ha educado; sacrificaré mi alegría para llegar á la meta de mi destino, privándome en mis últimos años de verla y de acariciarla. Pero no quiero entristecer, no quiero desengañar al único sér que quizás me ama, renunciando al poder, al único sér que en el mundo cree en mi inocencia. Que sea dichosa y que no participe de mi suerte; seré rey sin que ella lo sepa.) Conserva puro siempre el corazón, hija mía. (Váse.)

FRAN. (Siguiéndole con la vista.) Qué tiene? En sus ojos brilla una lágrima! ¡Gran cariño me profesa mi padre!

ESCENA VI.

LADY FRANCISCA, LORD ROCHESTER y la señora GUGGLIGOY.

GUGGLIGOY. (A ROCHESTER.) Entrad, que está sola.

ROCH. (Los doblones tienen mucho poder; gracias á ellos he comprado á la dueña, y gracias á ellos he comprado también á los soldados, que están cansados de servir á Cromwell, y con uno de ellos mandé á decir á lord Ormond que esta noche encontrará abierta la puerta del parque. Ahora vamos á hablar á Francisca; para conseguir lo que me propongo tengo secretos soberanos, puedo sembrar doblones de oro y madrigales. Probemos.)

Avanza hácia LADY FRANCISCA, que no le vé y que parece concentrada en profunda abstracción. La señora GUGGLIGOY, contemplando una bolsa que tiene en la mano.

GUG. (Pesa mucho! Es bravo y hermoso gentil-hombre, y por el amor se atreve á disfrazarse así; á su edad todos son locos. Es un Amadis de Gaula. Pero no me ha dicho ni una palabra. Me ha dado dinero y nada más.) Caballero... (A ROCHESTER.)

ROCH. Qué?

GUG. Oídme un instante.

ROCH. Qué queréis?

GUG. (Sonriéndole.) ¿No tenéis nada más que decirme?

ROCH. (Diablo! la dí bastante dinero... pero las viejas quieren oírse palabras dulces...) Os diría muchas cosas si no fuera tan apremiante el objeto que aquí me trae.

GUG. Ya lo creo; solo tenéis ojos para una mujer.

ROCH. No; pero debo elegir y...

GUG. (Suspirando.) Ay!

ROCH. Estais sufriendo?

GUG. Es que tengo remordimientos: estoy encargada de custodiar á la hija de su alteza y...

ROCH. En vuestros tiernos años habreis sido capaz, señora, de hacer infiel á Galaor y á Esplandian inconstante.

GUG. Pero soy culpable... además, pueden sorprenderos... os aseguro que me acometen escrúpulos; siento escalofríos que me hielan. (Coge las manos de ROCHESTER.)

ROCH. Tenéis manos de terciopelo.

GUG. Dejadme.

ROCH. Marte hubiera abandonado á Vénus si os hubiera visto.

GUG. Solo consiento que un marido me hable así.

ROCH. (Vejestorio del diablo!) Dejadme un instante hablar con Francisca, y despues de esta entrevista, querida mía, por mi fé de caballero os prometo daros una cosa. (Un pase para entrar en la casa de locos.)

GUG. Bueno; os espero.

ROCH. Gracias á Dios!

GUG. Sed discreto y, suceda lo que suceda, no me nombres jamás, porque me quemarian viva.

ROCH. Estad tranquila... y marchaos á pasear un poco.

ESCENA VII.

LADY FRANCISCA y ROCHESTER.

ROCH. (Ya estoy libre de la vieja. Avancemos.) Mis... milady!...

FRAN. (Volviéndose asustada.) Caballero!

ROCH. (Sus ojos me turban.)

FRAN. (Sonriendo.) Ah! Es el capellan!

ROCH. (Disfraz maldito! Aunque adquiriera el aire más galante del mundo solo verá en mí un pedante puritano.)

FRAN. Dadme vuestra bendición. Sobre qué texto vais á predicar?

ROCH. Sobre la pasión.

FRAN. Aprecio como es debido el celo que desplegais, y me presento ante vos como humilde pecadora. Mi padre...

ROCH. (Su padre! No sospecha de mí.) Escuchadme, hija mía.

FRAN. Os escucho con respeto.

ROCH. Debo manifestaros que denota poca caridad causar los estragos que causais.

FRAN. (Admirada.) Yo!

ROCH. Cada una de vuestras miradas hace cien desgraciados.

FRAN. Os equivocais, os equivocais!

ROCH. Os digo la verdad.

FRAN. No os comprendo.

ROCH. Ante vos tenéis una de vuestras víctimas.

FRAN. Vos! Qué os he hecho? Corro á decirle á mi padre...

ROCH. (Deteniéndola.) No debe recordar la conciencia, porque estais inocente del daño que causais.

FRAN. Si os he hecho daño sin saberlo, quiero repararlo.

ROCH. (Poniéndose la mano en el corazón.) Aquí!

FRAN. Es hasta un deber.

ROCH. Qué oigo! ¿Correspondéis á mis deseos? Me haceis feliz, adorable princesa.

Trata de coger la mano de FRANCISCA, que ésta retira.

FRAN. No soy princesa... solo se adora á Dios... Me asustais!

Quiere retirarse.

ROCH. (Reteniéndola.) Francisca, no te vayas.

FRAN. Me tutea! ¿Estais enfermo de la cabeza?

ROCH. No, estoy enfermo del corazón.

FRAN. Pobre hombre!

ROCH. (Intentemos el asalto. Me compadece... puede amarme.) ¡Ah, devolvedme la vida!

FRAN. Sí, veo que necesitais un médico, porque indudablemente tenéis calentura.

ROCH. Hace cuatro años que os sigo... (Mintamos, que esto siempre es conveniente.)

FRAN. Pero qué es lo que deseais?

ROCH. Morir; solo vuestros ojos que me han herido me pueden curar.

FRAN. (Retrocediendo.) Sus miradas me asustan.

ROCH. (Juntando las manos con aire de súplica.) ¡Mi reina, mi deidad, mi ninfa, mi sirena!

FRAN. (Asustada.) ¿A qué vienen todos esos nombres? Me llamo Francisca.

ROCH. Siento por vos pasión indecible, y cubierto con este disfraz, el amor me atrae á vuestros piés; soy un caballero y no un druida. ¡Ojalá pudiera ofrecer el cetro del Indostan! Teniendo esos ojos tan dulces no debéis ser ingrata con quien os profesa tierno amor desde hace doce años. Cruel! Huís y no me respondéis. Decid una sola palabra, princesa, á vuestro feliz vasallo, y del amor más constante sereis el celestial objeto.

FRAN. (Abriendo los ojos asombrada.) ¿Qué es lo que está diciendo?

ROCH. Ingrata!

Reteniendo á FRANCISCA, que quiere marcharse.

¡Permaneced aquí ó voy á ahogarme en el Eufrates!

FRAN. (Riéndose.) En el Eufrates!

ROCH. O para completar vuestros deseos, tomad mi espada y atravesadme el corazón.

Lleva la mano al cinto y no encuentra la espada.

(No la llevo. Pero á falta de acero tengo el madrigal. Dios me condene si con él no la enternezco.) En estos versos vereis lo que sufre mi corazón y las lágrimas que he derramado; tomad, leedlos y así podreis juzgar del amor que me abraza.

Se arrodilla ante LADY FRANCISCA. Esta arroja al suelo el pergamino y retrocede con dignidad.

FRAN. Os comprendo, caballero. Sois

un imprudente, que habeis tenido la audacia de introducirnos por medio de ese disfraz en el palacio de mi padre.

ROCH. (Es durilla de pelar.)

FRAN. Levantaos!

ROCH. Quiero permanecer á vuestros piés.

FRAN. Yo haré que terminen vuestros insolentes propósitos.

ESCENA VIII.

Los mismos y CROMWELL.

CROM. (Viendo á ROCHESTER á los piés de FRANCISCA.) (¿El santo arrodillado á los piés de mi hija?)

ROCH. (Aterrado y sin cambiar de postura.) ¡Diablo! Cromwell! Me pescó! ¡Ya me veo muerto y ahorcado!

CROM. Muy bien, señor capellan!

FRAN. (Aparte á CROMWELL.) Sed indulgente con el que está loco.

CROM. (Con embarazo.) ¡No habeis contado con mi venganza!

FRAN. (Mi padre vá á hacer matar á este desgraciado.)

CROM. ¡Es ridículo atreverse á enamorarse de mi hija! Francisca, veo que sufres...

FRAN. (Con embarazo.) Padre mio, perdónadle, porque no me hablaba á mí este caballero.

CROM. Pues dime, ¿de quién te hablaba arrodillado á tus piés?

FRAN. Imploraba mi intercesión para coronar sus amores pidiéndome la mano de una de las damas de mi servidumbre.

ROCH. (Asombrado y poniéndose en pié.) ¡Qué dice!

CROM. De quién os pedía la mano?

FRAN. De la señora Guggligoy.

ROCH. (Ah, traidora!)

CROM. (Dulcificándose.) Eso es diferente.

ROCH. (O la dueña ó la horca! ¡A lo menos me dejarán elegir!)

CROM. (A ROCHESTER.) ¿Por qué no me lo confesásteis? De todos modos, ya que aun tenéis inclinaciones á la carne...

ROCH. (A la carne! ¡Si no tiene más que piel y huesos!...)

CROM. Os complaceré. Siento que no os atrevierais á hablarme; estoy satisfecho de vos y os entregaré la mano que solicitais.

ROCH. (Me lucí!)

CROM. (Creía que tenía mejor gusto). Os casaré con ella.

ROCH. (Inclinándose.) Milord es demasia-

do bueno.

ESCENA IX.

Los mismos y la señora GUGGLIGOY.

GUG. (El padre y los amantes juntos. Todo se ha perdido!)
 CROM. (Viéndola llegar.) Sois vos, señora?
 GUG. (Tiemblo!)
 CROM. Ibamos á reclamar vuestra presencia.
 GUG. Mi presencia!
 CROM. ¿Sabeis que os ama el capellán?
 GUG. (Dios!)
 CROM. Correspondeis á su pasion?
 GUG. Milord, os aseguro que yo no sé nada... (¡No me ha guardado el secreto!)
 CROM. Lo sé todo.
 ROCH. (La transicion es imprevista y ruda.)
 GUG. (Arrojándose á los piés de CROMWELL.) ¡Milord, perdon!...
 CROM. (Levantándola.) (Se hace la gazmofía.) El doctor es uno de mis más íntimos amigos, y solo siente afectos lícitos.
 GUG. Puedo aspirar á que me ame?
 CROM. Os ama ya.
 GUG. A mí!
 CROM. Preguntádselo.
 ROCH. (Embarazado.) Convengo en que...
 GUG. Estais enamorado de mí?
 ROCH. (Quisiera estar en el infierno.) Señora...
 CROM. No tengais inconveniente en declarar vuestro amor, os lo permito. Referidla que acabais de pedir su mano á mi hija y que os he encontrado arrojado á sus piés.
 GUG. Luego me amais!
 ROCH. No puedo decir lo contrario. Tengo que estar enamorado de ella bajo pena de muerte. Os amo.
 GUG. (Haciendo monadas.) Eso es increíble!
 ROCH. Convengo en ello.
 GUG. Y quereis ser mi esposo?
 ROCH. No digo tanto...
 GUG. (Llorando.) Qué afrenta! ¡Qué concupiscencia!...
 CROM. (A ROCHESTER.) Apaciguadla, decidla que la quereis por mujer.
 ROCH. Consiento, consiento... (en ahorcarle).
 CROM. Este asunto es de los que no se deben diferir, y os complaceré á los dos muy pronto.
 ROCH. Pero...
 CROM. El amor siempre tiene prisa. Hola! (Llamando.)
 Entrán tres mosqueteros.

ROCH. (Será capaz de casarme!)
 CROM. (A uno de los mosqueteros.) Dile á Cham Biblecham que case en seguida, ante el Libro de la Fé, al doctor Obededom y á la señora Guggligoy. Seguidles. (A ROCHESTER.) Cham es anabaptista, como vos.
 ROCH. (Gracias por la atencion que me tiene.)
 FRAN. (Lo han atrapado!)
 ROCH. (Buena partida me ha jugado Francisca. A pesar de eso aun la amo.)
 GUG. (A ROCHESTER.) Vamos, amor mio, vamos.
 ROCH. (No hay más remedio que seguir á esta Sibila al infierno del himeneo.)
 Se van ROCHESTER, GUGGLIGOY y los mosqueteros.
 CROM. (A LADY FRANCISCA.) Os dejo, que voy á oír el sermón de Lockyer, que vá á tratar de Roma y de los sacerdotes de Ammon.

ESCENA X.

LADY FRANCISCA sola.

Mi pobre caballero hacia triste figura; pero le he castigado con dureza. Estoy arrepentida... sin embargo, ¿qué tenia yo que hacer? Mi padre le hubiera castigado aun con más severidad. (Viendo el pergamino que está rollado en el suelo.) Ahí está su carta amorosa, sus versos... ¿Qué me dirá en ellos? Me sabe mal leerlos, pero tampoco veo inconveniente, despues de haberle castigado. (Coge el pergamino, lo desenrolla y lee.) Leamos: "Milord..." ¡Qué hombre tan extraño! Antes me llamaba princesa, ninfa, reina, ángel, y aquí me llama milord. Está loco! (Continúa leyendo.) "Todo vá bien..." Qué es lo que vá bien? veamos. "A media noche presentaos á la puerta del parque..." Me ama; ¿si querrá robarme? "Toda la guardia tengo seducida; tienen la consigna. El éxito es seguro. Vos direis COLONIA, y ellos responderán lo demás. Gracias á la ayuda que os prestarán, podreis apoderaros al fin de Cromwell, que yo habré adormecido ya. El capellán del diablo..." ¡Qué es lo que acabo de leer! ¡No es de mí, es de mi padre de quien trata de apoderarse el malvado! (Examinando con atencion el pergamino.) Vá dirigido "A Bloum, en el Strand, hotel del Raton..." El traidor, por equivocacion me ha entregado esta carta en vez del madrigal. Advirtamos á mi padre del complot infernal que le amenaza. Alguien viene... Salgo de aquí... No quie-

ESCENA XII.

Dichos y la señora GUGGLIGOY.

ro volverme á encontrar con el asesino.
 Váse precipitadamente, llevándose el pergamino.

ESCENA XI.
 DAVENANT; en seguida ROCHESTER.

DAV. El Protector me ha llamado; qué querrá?
 Entra ROCHESTER.
 Ahí viene un santo... Algun puritano favorito.
 ROCH. (Esto es hecho! ¡Estoy ya casado!) Hola, Davenant!
 DAV. (Sabe mi nombre.) Caballero... Ah! Si es milord Rochester!
 ROCH. Chist! Chist!
 DAV. Vais tan bien disfrazado de capellán, que aunque fuérais casado, vuestra mujer no os conoceria.
 ROCH. (Suspirando.) (Pluguiera al cielo!) Davenant, no me gasteis bromas.
 DAV. Es la primera vez que veo que no os gusta que se gasten bromas sobre los maridos.
 ROCH. (Porque no se puede á un tiempo reirse de ellos y casarse.) Querido poeta, ¿qué casualidad os trae á nuestra casa?
 DAV. (Riendo.) A vuestra casa? Pronto os habeis aclimatado en este palacio. ¿Os encontrais bien aquí?
 ROCH. Muy bien. Protegido por Milton, me aprecia Cromwell, y á su modo me colma de favores. Además, ya sabreis que he llegado muy á tiempo. Un traidor, un espía, escondido entre nuestros partidarios, se lo reveló todo, pero gracias á mi habilidad, he podido conseguir que lord Ormond se oculte en Strand y yo en las mismas habitaciones de Cromwell.
 DAV. Willis quiere desollar á ese falso espía, y le hemos encargado que lo busque.
 ROCH. Por fortuna tenemos dispuesta la contramina. Llevo encima vuestra redoma y esta noche todo terminará.
 DAV. ¿Cromwell ignora el último complot que hemos tramado?
 ROCH. Sí, le hemos urdido entre tres.
 DAV. Contamos con la guardia?
 ROCH. Sí.
 DAV. Pues eso era difícil de lograr.
 ROCH. La virtud de los puritanos muere, y ya el oro conquista á los santos.
 DAV. No sospecha de mí Cromwell?
 ROCH. No.

GUG. Huis ya de vuestra esposa?
 DAV. (Retrocediendo.) A quién le dice?
 GUG. ¡Me quejo, me lamento, lloro y no venis! Y me abandonais!
 ROCH. (Volviendo la cara.) (¡Qué horribles muecas hace!)
 DAV. (Bajo á ROCHESTER.) ¿Quién es ese espectro?
 ROCH. (Bajo.) Es mi mujer.
 DAV. (Riéndose.) Vuestra mujer?
 ROCH. Palabra de honor. Escribidme un epitalamio.
 DAV. Teneis ganas de chancearos?
 ROCH. Nada de eso; lo que digo tiene muy poca gracia.
 GUG. Traidor! ¡Así guardais vuestros juramentos!...
 DAV. Os felicito por vuestra buena suerte.
 ROCH. Callad y no me afrenteis.
 GUG. Mis lloros son superfluos, porque no hace caso de mí.
 DAV. Mientras solloza, explicadme...
 ROCH. Cromwell me la entrega y la dota, por pura bondad.
 GUG. (Tirándole de la manga á su marido.) ¡Querido esposo...!
 DAV. Explicadme...
 ROCH. Despues lo sabreis todo.
 GUG. ¿Con quién hablais en voz baja?
 ROCH. Dejadme hablar con quien quiera. (La rechaza.)
 GUG. (¡Los infames todos son lo mismo! Tiernos para sus amadas y duros para sus mujeres; gatos antes de la boda y tigres despues. ¡Abandonar así á su esposa!...)
 ROCH. Os participo, señora, que he hecho voto de castidad.
 GUG. Qué decis?
 ROCH. Que he renunciado á las malditas voluptuosidades.
 GUG. ¡Me arroja sin compasion del lecho conyugal!
 ROCH. Quedaos en él, que yo soy el que me arrojo.
 GUG. (Furiosa.) Qué ultraje! ¡Serpiente, monstruo, pérfido! teme mi rabia!...
 ROCH. (Huyendo.) No me atraparáis. (Se vá.)